



ENTRE LO LOCAL Y LO COSMOPOLITA. DISCURSOS SOBRE LA NACIÓN EN LA REPÚBLICA DE LA NUEVA GRANADA. 1831-1848

Nathalie Goldwaser* – Gina Paola Rodríguez**

La cultura nacional es la suma de todas esas apreciaciones, la resultante de las tensiones internas y externas en la sociedad global y en las diferentes capas de esa sociedad. En la situación colonial, la cultura, privada del doble sostén de la nación y del Estado se deteriora y agoniza. La condición de existencia de la cultura es, por tanto, la liberación nacional, el renacimiento del Estado

Frantz Fanon

Introducción

A doscientos años de la independencia con la Corona española, preguntarnos por los contenidos del nacionalismo latinoamericano continúa teniendo una vigencia central, no sólo por la utilidad que pueda reportar como ejercicio historiográfico sino, fundamentalmente, por la urgencia de adentrarse en el campo discursivo de los albores de la nación en momentos en los que ésta se encuentra fuertemente interpelada como categoría conceptual y como comunidad ético-política. El Bicentenario obliga a repensar la nación en sus fundamentos para desde allí proyectarse al futuro y en este sentido, las reflexiones académicas tienen un papel insondable.

Han sido diversas las voces que se han manifestado a propósito de la presencia o no de un discurso nacional en los países emergentes de América Latina sin reflexionar demasiado acerca de qué es lo propio y qué lo extranjero en una coyuntura marcada por la hibrididad identitaria, la complejidad del lazo con Europa y la conflictividad interna. Esta situación de confusión, de ruptura inacabada, es el producto de una independencia que se nutrió al mismo tiempo del pensamiento civilizador que otrora quiso extinguirla. Vale decir que no se trató tanto de una emulación, de un calco idéntico del pensamiento europeo, como de una importación adaptada y reinterpretada para las realidades locales y que, así como hubo quienes abogaran por imitar lo mejor de la civilización occidental como paso obligado para la realización nacional, hubo otros que se negaron a mantener cualquier vínculo con la colonia. También una variedad de grises se localizó entre los dos extremos.

Surge así un conjunto de cuestiones a problematizar: ¿en qué medida, la “mirada en lo extranjero” dificultó la construcción de la propia identidad local/nacional? ¿Implicó el cosmopolitismo un desarraigo con lo propio y “originario”? ¿A qué nos remiten estas categorías? ¿Conservan algún valor normativo o descriptivo? El presente trabajo busca reflexionar a propósito de estos interrogantes posando su mirada en la producción escrita de la segunda generación de políticos e intelectuales colombianos (neogranadinos), en tiempos en los que, frente a la fragmentación interna y la conflictividad local, la apelación a las referencias externas (inglesa, francesa y norteamericana) devino un arma retórica para la legitimación de diversos proyectos de nación en disputa. En la primera parte, se reconstruye el contexto histórico- institucional del periodo en

* Politóloga, Magister en Comunicación y Cultura de la Universidad de Buenos Aires (UBA), becaria doctoral CONICET - Inst. de Inv. Gino Germani (IIGG-FSOC). Investigadora asociada del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).

** Politóloga, Magister en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), investigadora – becaria en el CONICET / IIGG.

cuestión y se muestra el rol político-intelectual de esta generación como divulgadora de ideas y formadora de opinión en los comienzos de la nación. A continuación, se presta atención a la producción de Manuel María Madiedo, caso-ejemplo del doble rol jugado por las élites neogranadinas, en el que se ponen de manifiesto las tensiones entre lo local y lo cosmopolita. Finalmente, se recuperan algunas líneas del debate reciente en torno a la presencia/ausencia de una idea de nación, precaria o consolidada, en la Colombia de la primera mitad del siglo XIX.

Crónica de una generación

En 1830 el sueño bolivariano de la Gran Colombia se fragmentó en tres repúblicas: Venezuela, Ecuador y la Nueva Granada. El 17 de noviembre de 1831 se dictó la Ley Fundamental que daba la forma de Estado a las provincias del centro de Colombia bajo el nombre de República de la Nueva Granada, hecho que se mantuvo hasta 1858, cuando cambiara su denominación por el de Confederación Granadina. Durante este periodo, se produjo la Guerra de los Supremos (1839-1841), primera de seis guerras civiles que tendrían lugar en el siglo XIX, como expresión de un debate nacional que, iniciándose en la plaza pública y divulgándose a través de la prensa, alcanzó niveles de conflictividad que solo hallaron resolución en los campos de batalla, y que posteriormente se concretaron en la redacción de un nuevo texto constitucional en 1843.

Como heredera del Estado Colonial Español, la República de la Nueva Granada conservó durante sus primeros años varias de sus prácticas e instituciones, de tal suerte, que la legislación española se mantenía a menos que contraviniera las disposiciones republicanas que se fueran dictando (Tirado, 1989: 329). Una vez lograda la independencia de España, la igualdad tardó en reflejarse en la carta magna y más aún en las instituciones políticas y las prácticas ciudadanas. Así, la Constitución de 1832 reconoció «que eran granadinos por nacimiento los hombres libres y los libertos que reunieran determinados requisitos de residencia o amor a la República, o los hijos de esclavos nacidos libres, y otorgaban el derecho de ciudadanía a los varones que fueran casados o mayores de veintiún años siempre que supieran leer o escribir» (Tirado, 1989: 333).

Por su parte, la Constitución de 1843 tuvo un tinte autoritario por el que, siguiendo la voluntad de los vencedores de la Guerra de los Supremos, se dictan leyes represivas de los movimientos de esclavos sediciosos y se deroga la ley de prohibición de la esclavitud que decretaba la libertad de vientres y suprimía la exportación de esclavos.

Administrativamente, el Estado Neogranadino se organizó en un régimen centralista que dividió el territorio en provincias, cantones y distritos parroquiales y supeditó el ejercicio de cargos públicos a la posesión de una base patrimonial, el alfabetismo y la condición de varón, reproduciendo la estructura social dentro de la organización estatal.

Otro hecho central de este periodo es el perfilamiento y conformación de los partidos políticos que dominarían la escena colombiana hasta casi terminado el siglo XX: el liberal y el conservador. Ambas colectividades sufrieron transformaciones importantes antes de consolidarse ideológica y burocráticamente en un camino que comenzó heredando las causas y disputas de los próceres independentistas y discurrió en numerosas diatribas internas hasta bien avanzada la década de 1850.

Los años que preceden a la gestación de los partidos son también aquellos en los que la segunda generación política del país buscó formar Estado y nación en una relación compleja de rechazo-imitación de las ideas, valores e instituciones europeos. Para algunos hombres de la época, la continuidad con la colonia y la identificación del colonizado con el colonizador, privarían a la cultura nacional *avant la lettre*, de su sostén: el Estado soberano. Esta percepción, fue la misma que fagocitó los primeros movimientos nacionalistas criollos cuando la Corona española quiso transformar el imperio colonial y la metrópolis en un Estado moderno, a través de reformas administrativas que repartían puestos claves privilegiando a las élites *extranjeras*. (Cfr. Kónig, 1994: 508). No obstante las banderas de libertad enarboladas por los criollos, “lo más común fue que las élites que se

consolidaron después de las guerras de independencia constituyeron colonialismos internos que sometieron a las poblaciones indígenas y negras a procesos de marginalización y exclusión de una plena ciudadanía” (Rabasa, 2009: 221). De ahí el imperativo de abandonar definitivamente todo rezago colonial y transitar hacia la producción de un modelo endógeno.

Para otros en cambio, la superación de la situación colonial debía asumir una orientación cosmopolita, como vía hacia la construcción de lo local y lo nacional (Aguilar, 2009). Este cosmopolitismo fue adoptado por un amplio sector de la elite letrada neogranadina que temía parecer provinciana o devenir exótica si no seguía el camino trazado por las naciones adelantadas⁵². La pervivencia del lazo con Europa, ahora en clave civilizatoria, alimentó las tensiones entre lo local y lo universal en un doble movimiento que, a la vez que quiso abandonar el vínculo con España, abrazó el pensamiento anglosajón y francés. Así,

Los criollos erigieron más bien el postulado de libertad e igualdad como característica distintiva del nuevo Estado frente al antiguo status colonial, pues de esta manera podían señalar un camino viable hacia la unidad y la integración de la nación (König, 1994: 512)

La apelación a estos dos principios se observa en buena parte de los escritos de la intelectualidad criolla, más allá de su identificación ideológica o partidista, con miras a la integración de la población autóctona sin que esto implicara el “retroceso” a un estado nativista de la cosa pública, en términos de recuperar valores o instituciones indígenas o africanas (como la propiedad comunal). En sentido contrario, la construcción de una República de Ciudadanos,

Intentaba homogenizar la población en una nación de ‘individuos blancos’; pero su funcionamiento estuvo subordinado a la aplicación de un modelo cívico de nación fundamentado en la creación de una comunidad política que suponía al menos ciertas instituciones comunes y la existencia de un solo código de derechos y deberes” (Conde Calderón, 2009: 113)

El proyecto homogenizante fabricó una identidad de raza y lengua ficticia tendiente a sostener el orden jurídico y nacionalizar las instituciones buscando integrar y asimilar a los neogranadinos dentro del núcleo de una nación blanca, hispano- hablante y católica. Esta situación degeneró en conflictos en aquellas zonas del país que distaban de comprenderse en términos de la homogeneidad. Así por ejemplo, en el Caribe colombiano se originó un proceso de confrontaciones y de conflictos pues, mientras para la gran mayoría de caribeños las diferencias raciales y culturales eran parte natural de un espacio público compartido y de su capital simbólico, para los costeños blancos o blanqueados que se sumaron al modelo homogenizador nacional, las diferencias raciales sirvieron para estigmatizar, marginar y silenciar a los no blancos o aquellos que se oponían al blanqueamiento ideológico resistiendo ser integrados al Estado central (Conde Calderón: 2009).

El blanqueamiento del proyecto nacional, se manifestó además en las iniciativas gubernamentales de imitación de los modelos europeos y norteamericanos. La referencia al exterior debe ser considerada como parte integrante del proceso de construcción de una nueva nación. Francisco de Paula Santander enunciaría así dicho proyecto:

Inglaterra es la nación más adelantada de Europa y como la instrucción pública es tan difundida, como la imprenta goza de la más completa libertad y todo el mundo tiene derecho a reunirse a discutir los negocios de la nación, el condado, la comunidad, etc., puede decirse que Inglaterra es el primer país del Viejo Mundo. (Santander, [Londres 1º de agosto, 1831], 1963: 353)

⁵² “El sujeto cosmopolita no posee una identidad fija y definida, sino que es una instancia móvil operativa y disponible que se propone, en un mismo gesto (...) redefinir las nociones de lo local, lo nacional y lo universal” (Aguilar, 2009: 11)

Las décadas posteriores a la independencia, importaron y resignificaron las ideas, valores e instituciones imperantes en Europa como elementos indispensables para la formación de una “nación cívica” neogranadina. Frédéric Martínez (2001) analiza este fenómeno ocupándose de tres aspectos del intercambio local- cosmopolita: los discursos sobre Europa, los viajes al viejo mundo emprendidos por los constructores de la nación, y los intentos de importación de modelos de organización europeos. Según el historiador francés,

El recurso al cosmopolitismo, impuesto por la inmensa labor de construcción de la modernidad política, se ve facilitado por el hecho de que las élites criollas, al mando de las nuevas repúblicas, siguen participando del universo cultural europeo. Dueños del nuevo orden nacional, los primeros dirigentes de las repúblicas hispanoamericanas tienen en su haber un pasado de fuerza y de poder dentro del orden colonial, y conservan de ese tiempo la profunda convicción de que la civilización emana de Europa y que debe ser impuesta a los pueblos del Nuevo Mundo, incluso si estos aparecen como depositarios de la soberanía nacional. (Martínez, 2001: 36-37)

Referirse a la idea de *generación*, en el caso de la Nueva Granada, suscita al menos una reflexión histórica-metodológica sobre la elección de utilizar esa denominación en lugar de referirse a “principales representantes intelectuales”. En este último caso, debería perseguirse la biografía intelectual de algunos pensadores políticos; mientras que en el primero puede atisbarse un escenario mayor de despliegue de ideas independientemente de las especificidades intelectuales. De hecho, al decir de Molina, el período que pretendemos abarcar se caracteriza por un alto grado de confusión por los desplazamientos de aquellos intelectuales de una agrupación política a otra (que no son alianzas de coyuntura) haciendo que “las fronteras doctrinarias entre los bandos resultaran provisionales y ambiguas” (Molina, 1975: 15).

Más allá de las diferentes ideologías, corrientes políticas, formaciones y fuentes de inspiración e influencias recibidas, quienes se identificarían con el partido liberal como con el conservador (post 1848 y 1849 respectivamente) estaban en la búsqueda de comprender y avizorar un proyecto de nación para la Nueva Granada. “El tema de la generación”, tal como lo observa Germán Colmenares (2004), es un punto de apoyo de identificación para enfrentar los “restos” de la colonia.

La generación política que buscó forjar Estado y Nación hacía parte de la elite criolla polivalente (...) Proprietarios rurales y comerciantes; políticos y clérigos; pero, ante todo publicistas. Por tanto, ser rico en la Colombia decimonónica no era condición necesaria para pertenecer a la elite y nunca fue condición suficiente. (Palacio, [2000], 2001: 14)

Esta *generación* nacida en los alrededores de 1820 (hijos de la Independencia) y activamente participativa alrededor del año '40, fue heredera del pensamiento (y las disputas) de Bolívar y Santander y opera como “caldo de cultivo” para la formulación de diversos proyectos de Estado - nación que se disputarán el poder político en la segunda mitad del siglo XIX. Testigos de un *momento* incubador de ideas y procesos tendientes a la formación del Estado nación colombiano, los miembros de esta generación asistieron a la novedad de la ciudadanía como un atributo de la identidad nacional basado en la noción de que todos los ciudadanos eran parte de un sistema de gobierno republicano y representativo en el que las elecciones reproducirían un principio de igualdad política.

De los testimonios recogidos, podemos mencionar “Derechos y deberes del hombre en Sociedad” publicado en Cartagena en el año 1834, de distribución gratuita e introducido por quien fuera una de las principales referencias de la política y la literatura de su tiempo, Juan José Nieto (1805 – 1866). Militar, político y estadista. Santanderista y masón, Nieto Gil fue elegido, en 1839, diputado de la Cámara Provincial de Cartagena. En 1840 participó en la guerra de los Supremos, al lado del general Carmona. Fue hecho prisionero en Tescua. Se estableció después en Kingston, donde vivió cinco años. Regresó a Cartagena en 1847 y dos años más tarde fundó el periódico *La*

Democracia. El 22 de julio de 1851 se posesionó como gobernador en propiedad, y en 1852 decretó la expulsión del obispo Pedro Antonio Torres.

Reelegido para un período de dos años, tomó posesión de la gobernación el 1 de enero de 1854 y apoyó el golpe de Estado encabezado por el general José María Melo, el 17 de abril de ese año. En 1859 se levantó contra el gobernador conservador Juan Antonio Calvo y se hizo cargo del mando. La Asamblea Constituyente lo proclamó general y lo eligió presidente del Estado. Como tal, sancionó, el 1° de enero de 1860, la segunda Constitución Política del Estado de Bolívar. Aliado con el general Tomás Cipriano de Mosquera, quien se había levantado en el Cauca contra la política centralista del presidente Mariano Ospina Rodríguez. Nieto Gil decretó, el 3 de julio de 1860, la separación del Estado de Bolívar de la Confederación Granadina. El 21 de noviembre marchó al Estado del Magdalena y derrotó en Santa Marta al general Julio Arboleda. El 25 de enero de 1861, en Barranquilla, el general Nieto se declaró en ejercicio del poder ejecutivo de los Estados Unidos de Colombia, en su calidad de segundo designado. Ejerció el mando hasta el 18 de julio de 1861, cuando asumió Mosquera.

Elegido nuevamente presidente del estado, por un período de cuatro años, se posesionó del cargo el 12 de enero de 1862. Sobre los años finales de Nieto, Joaquín Ospina, en su Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia, dice: “El 3 de febrero del mismo año [1862] sancionó el Código Civil. El 18 de julio de 1863 sancionó la tercera Constitución Política del Estado. En noviembre estalló en Cartagena la revolución contra su gobierno [encabezada por el jefe mosquerista Antonio González Carazo]: se trabó combate en las calles, del cual resultaron muertos varios individuos de las tropas del gobierno, pero la revolución quedó vencida inmediatamente en aquella plaza (...), ante la Asamblea Legislativa reunida en Cartagena en sesiones extraordinarias, renunció el general Nieto a la presidencia del estado y le fue admitida. El 16 de julio de 1866 murió en Cartagena. Había sostenido una vida de grande actividad, de ideales generosos y de utilidad para su partido. Fue temible y valeroso como militar; como hombre civil, demócrata acendrado; como mandatario, modelo de gobernantes legalistas e igualitarios. Sus servicios prestados al liberalismo los premió el Congreso de 1865 otorgándole una espada de honor».

Juan José Nieto también se destacó en el campo de la escritura, en 1839 publicó una Geografía de la provincia de Cartagena, y durante los años que pasó en Jamaica, escribió las novelas Rosina, Ingermina o la hija de Calamar (1844) y Los Moriscos (1845), pioneras en lo que será la novela histórica colombiana⁵³.

Nos queremos detener en la introducción que hiciera Nieto Gil en 1834 a la “reimpresión del cuadernito”⁵⁴ que contenía extractos de la Constitución centralista aprobada en 1832. A continuación una reproducción fotográfica del mismo,

¿Qué se extrae de este gesto político-pedagógico? En primer lugar, la necesidad de formar ciudadanía cívica facilitando el acceso a la ley escrita, dando a entender la complejidad que conlleva la comprensión de la constitución del Estado en ciernes. Gesto no exento de rasgos cosmopolitas ya que el origen de esta Constitución como dicho “extracto” (*sic*) tiene por fuente “las instituciones del país y del derecho natural y público de las naciones” (*sic*). El motivo argüido por Nieto para hacer esta reimpresión tiene un tono romántico, propio de la época: “conocer la ley es conocerse a sí mismo”. Como consecuencia, comprometerá al ciudadano con su sociedad que no es más que “el

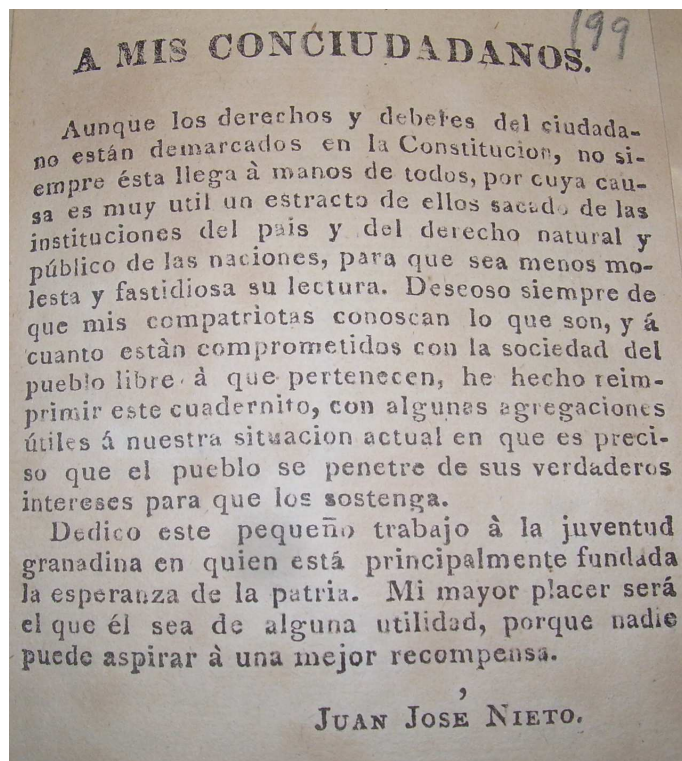
⁵³ Esta biografía fue realizada por Mariano Molano (2004), tomada de la Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores, tomo de biografías, publicada en Biblioteca Virtual del Banco de la República <http://www.lablaa.org/blaavirtual>, 15/XII/2004.

⁵⁴ Titulado “Derechos y deberes del hombre en Sociedad”, 1834, Cartagena. En Mss. Fondo Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, Colombia.

pueblo libre”. Por último, Nieto dedica este volumen a la juventud granadina en quien deposita sus esperanzas por la patria a construir.

Manuel María Madiedo: ¿un local cosmopolita?

La Revolución Francesa de 1848 trajo consigo un cambio sustancial en la mentalidad del hombre europeo, quien desde entonces tomó conciencia de la importancia de las grandes transformaciones sociales. El reformismo social con fines igualitarios devino imperativo en una época convulsionada que



anhelaba encontrar un nuevo equilibrio institucional y político. En este contexto, el socialismo utópico, en sus diversas corrientes, constituyó un movimiento de crítica de la injusticia del orden existente que buscaba subvertir el histórico sometimiento de la mayoría trabajadora por parte de una minoría parasitaria a partir de una “teoría política y económica que combinaba el conocimiento de la realidad con la pragmática de su transformación.” (Massuh: 1976: 9) No obstante, las diferencias evidentes entre autores como Proudhon, Saint Simon, Fourier y Owen, es posible identificar un conjunto de rasgos comunes a sus teorías. En primer lugar, la presencia de una base humanista que rescataba valores como el individualismo, la igualdad y la libertad y que componía el

sustrato mismo de la fe en el progreso social. Por otro lado, la creencia en el poder persuasivo de las ideas y su capacidad para agenciar cambios sociales radicales en un proceso gradual y pacífico. Tercero, la formulación de modelos sociales ideales en cuyo seno se superaría toda forma de injusticia y dominación: la sociedad de los industriales (Saint Simon), las falanges (Fourier), las cooperativas (Owen).

Las tres grandes utopías confiaban en la posibilidad de crear dentro de la sociedad existente pequeñas unidades celulares que se multiplicarían paulatinamente y terminarían modificando al organismo social sin necesidad de apelar a la violencia y la autoridad. La idea de que el cambio en estas sociedades provendría de sus propias estructuras de una forma armoniosa y consensuada y no por la destrucción exterior y global de la estructura presente es la principal crítica esgrimida por aquellos que, como Marx, ven en el socialismo primitivo un optimismo excesivo en el asentimiento de las voluntades.

La raíz en el cristianismo y el carácter reformista y anti-revolucionario del pensamiento utópico llamaron la atención de algunos sectores intelectuales en América Latina que, tras la independencia de España, se encontraban en el proceso de construcción de las nuevas repúblicas. Junto a las ideas de Bentham y Mill, los planteamientos del socialismo cristiano lograron hacer eco en las eclécticas y muy libres interpretaciones de periodistas, ideólogos y políticos criollos que, en una exótica mezcla de filosofía e ideología, operaron una adaptación de las teorías europeas al contexto latinoamericano.

La impronta de la filosofía social entre los intelectuales de la Nueva Granada es referida por Rafael Núñez, líder deL Regeneracionismo colombiano de finales del S. XIX, en los siguientes términos:

El movimiento político liberal que se inició en 1848 y 1849 fue en gran parte producto indirecto de la revolución que instauró en Francia en el primero de dichos años, el sistema republicano. De 1849 en adelante tuvimos un verdadero alud de utopías y paradojas francesas. En medio de esta fermentación de las inteligencias noblemente inspiradas, notábanse, sí, lamentables contradicciones dependientes de los diversos modelos que cada cual consultaba - casi todos franceses-. Para algunos era el maestro Lamartine, que acababa de publicar la poética leyenda de los girondinos y cuyas líricas producciones, impregnadas de sabor religioso, habían sido leídas con avidez por una parte de la nueva generación de literatos. Otros se dedicaban más a estudios económicos y se empapaban en las utopías de Luis Blanc, Proudhon y toda la escuela de socialistas. (Nuñez, [1962]: 231)

Muestra importante de esta acogida y resignificación es la obra del neogranadino Manuel María Madiedo (1815-1888) periodista, escritor, editor y político nacido en Cartagena, a quien se debe el primer intento sistemático de articulación del pensamiento utopista, el cristianismo y el liberalismo en su libro *La Ciencia Social o el socialismo filosófico, derivación de las grandes armonías morales del cristianismo*⁵⁵, además de una nutrida lista de ensayos⁵⁶ y novelas publicados en órganos periodísticos. Además de útil en el rastreo de las ideas europeas en América, el pensamiento de Madiedo es una referencia de suma importancia a la hora de conocer el clima social e intelectual en los albores de la República Neogranadina, por cuanto realiza un balance crítico del camino recorrido desde la conquista española hasta las primeras tres décadas de vida independiente. Según el autor, la realidad latinoamericana tras la independencia poco y nada se compadece con la formación de una República, deviniendo en su lugar una farsa atroz en la cual “el poder público no ha sido un protector del derecho, sino un instrumento de opresión” (ibíd: 273). Así las cosas, en “[H]ispano-América jamás ha habido verdaderos gobiernos (...). Los gobiernos Hispano-americanos no son los guardianes del derecho del hombre, sino los representantes de pandillas más o menos numerosas.” (Ibíd.: 426)

La imposición de los intereses privados al bien general y la perpetuación de las formas de dominación heredadas de la colonia son las principales causas esgrimidas por Madiedo para explicar el fracaso del ideal republicano en la naciente Nueva Granada. De ahí que, un paso fundamental en la comprensión de este fenómeno sea deconstruir, en clave genealógica, qué cultura trajeron los españoles, qué impronta dejaron en tierras americanas y cuál fue la actuación de los nuevos ciudadanos en relación con esta herencia. Escribe Madiedo:

Una vez los españoles en América, con ellos vino a estas regiones lo mejor que el mundo poseía, el Cristianismo; bien que envuelto en la capa de la conquista y al brillo del sable exterminador; pero vino, vino esa gran razón de la civilización moderna; y en su seno, se fundieron como en un vasto crisol, los elementos heterogéneos que ocultaban sus grandes perfecciones. En el fondo de ese gran crisol, quedaron los elementos primitivos de una conquista providencial, conjunto de lo malo de América y de lo pésimo de Europa: la barbarie del salvaje idólatra y la barbarie del siervo cristiano. Esto constituyó el fondo de la civilización hispano-americana, como punto de partida en la vida civil de los pueblos de origen español en estas comarcas. (Madiedo, [1859] (1985)a: s/p)

⁵⁵ Madiedo, Manuel María. *La Ciencia Social o el socialismo filosófico, derivación de las grandes armonías morales del cristianismo*, Bogotá, Imprenta de Nicolás Pontón, 1863.

⁵⁶ Su producción ensayística abarca tópicos como la moral y la religión, la formación ideológica de los partidos políticos en la Nueva Granada, la crónica religiosa de carácter jurídico, los debates con la prensa liberal, las críticas a las leyes contra el clero, entre otros. Así mismo, su obra literaria incluye las comedias *Tres diablos sueltos*, *Una mujer de las que no se usan* y *El Doctor Berenjena*; los dramas *La niña de la posada* y *Una Idea-Abismo*; las tragedias *Lucrecia o Roma Libre*, *La caída de los Tarquinos* y *Coriolano*; las novelas *La maldición*, *Nuestro siglo XIX* y *El desconocido* (inédita); y los libros de versos *Poesías* y *E1 25 de septiembre*.

⁵⁶ Ver Rojas, Cristina. *Civilización y Violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Norma, 2001.

Un primer elemento a destacar es la inmersión relativa del discurso de Madiedo en la reflexión más epocal que opone civilización y barbarie para referirse a la distinción entre occidente y el resto del mundo. Se trata de un discurso que permeó a gran parte de la intelectualidad latinoamericana a mediados del S. XIX y que erigió a Occidente como lo Uno y al resto del mundo como lo Diverso. A la luz de esta dicotomía, la diversidad (América en nuestro caso) es vista como sinónimo de imperfección o desviación abriendo el camino para que el discurso del Universal europeo justifique y legitime su campaña de civilización y encauzamiento de las metrópolis¹

Hablamos de una inmersión relativa o parcial de Madiedo en este discurso, en la medida en que si bien inicia su análisis a partir de la díada en cuestión, es lo suficientemente crítico como para advertir que ninguno de los dos sustantivos, civilización o barbarie, es exclusivo de Europa o de América, de manera que es posible situar tanto una barbarie europea como una americana e incluso arriesgar a decir que la primera, es la realmente desdeñable por cuanto no es natural, como la de los aborígenes, sino totalmente calculada y fabricada:

Los conquistadores trajeron aquí dos elementos contradictorios: la conquista y el cristianismo. La primera con todas sus deformidades de violencia, de ferocidad y de perfidia; el segundo con todos sus encantos íntimos; pero afeados por las sombras que arrojaba sobre su bella santidad, el ultraje flagrante de todos los derechos del hombre. Esta amalgama constituía una decrecencia de la civilización, una barbarie no natural, sino formada: la parte fea de lo que se llamaba vida civil en el mundo culto. En la barbarie natural hay cierta ingenua belleza, ciertos rasgos en que asoma la primera inocencia del hombre: en la barbarie engendrada en el seno de una sociedad adelantada, no se encuentra sino una brutalidad estúpida, carcomida por todas las lepras que forman las desigualdades sociales. Lo primero constituye un punto de partida de la tiniebla a la luz, es como el exordio incomprendible de un libro portentoso; lo segundo no es sino el último trago de un vino generoso, las heces... colores degradados hasta la sombra, hasta la tiniebla más impenetrable. (Madiedo, [1859] (1985)b: s/p)

La barbarie del aborígen americano nos remonta a la imagen del buen salvaje rousseauiano aún no domeñado por los vicios de la propiedad y la opresión, es pues, la condición natural del hombre inocente situado al margen de la sociedad y sus instituciones. Por el contrario, la razón y la ferocidad de los conquistadores europeos, la barbarie civilizatoria, alimentó la fuente de los males que impedirían a las futuras naciones encontrar la libertad republicana inculcando en sus habitantes el sentimiento de codicia y el deseo de dominación. En un cambio de actores, pero no de intereses ni de prácticas, la violencia inherente a los tiempos coloniales continuó incólume tras la independencia:

*El soldado libertador se acordó del conquistador ultramarino y dijo:—**jese soy yo!**, para eso hemos echado a los españoles.*

*El criollo, por su origen español, se acordó de los señores que antes venían de España a los obispados, a las gobernaciones, a las audiencias, a las presidencias, a las capitánías generales, a los virreinos, etc., etc., y dijo:—**jese soy yo!**, para eso hemos echado a los españoles...*

*El ricacho monopolista recordó los bellos días en que sus abuelos, a favor de las leyes coloniales, ganaban un quinientos por ciento sobre sus baratijas traídas de la Península y dijo también:—**jese soy yo!**, para eso hemos echado a los españoles.*

*El sacerdote leyó la historia de la conquista del Perú y de México, vio cuántas riquezas había amontonado su clase, rodeada de exenciones legales, y de respetos sociales, y dijo:—**jesos somos nosotros!**, para eso hemos echado a los españoles.*

*El propietario rural recordó que en otro tiempo hubo señores con **encomiendas**, para remedar el feudalismo del viejo mundo, y dar solaz al conquistador español, mientras que el indio lanzado a latigazos de su hamaca, se enterraba vivo en busca de un oro que no sería para él, familiarizándose con el sepulcro en las entrañas de la tierra, como con un amigo, único que podría libertarlo de la codicia y de la tiranía; y el hacendado, mirándose rodeado de numerosos colonos, dijo:—**jese soy yo!**, para eso hemos echado a los españoles. (Madiedo, [1859], (1985)a: s/p)*

Asistimos a un recambio de amos y no a un final para la esclavitud. Para Madiedo, la vida independiente no rompe con la serie de barbaries iniciada en 1492 sino que, por el contrario, la extiende, perpetúa y perfecciona: “nuestro punto de partida, nuestros antecedentes como pueblos, como naciones ante el mundo son estos: La barbarie aborigen. La barbarie de la colonización. La barbarie del gobierno colonial. Camino de tinieblas, desde la antropofagia americana, hasta la Inquisición europea. ¡Tal es nuestra ejecutoria!” En el accionar de las élites criollas es flagrante el desconocimiento de las causas populares y la traición a las promesas de libertad que habían embebido a las masas llevándolas al combate sangriento contra el enemigo español:

El pueblo dio su sangre, porque el pueblo, como los niños, da cuanto se le pide: él no había visto nunca la República, ni tenía la cultura bastante para adivinarla. Los magnates que le habían enseñado el campo de batalla, le presentaron un mamarracho y le dijeron: esta es la República; un gobierno sin realidad, con las leyes de un pueblo libre, y en contraste con las costumbres coloniales. Durante la revolución, el pueblo no hizo sino luchar, y no aprendió sino a vencer: esto no es la República. (Ibíd.)

Tras la independencia el pueblo continuó en su condición de exclusión y minoría de edad viendo incumplido el sueño de una sociedad libre e igualitaria más allá de la formalidad jurídica. Madiedo es enfático al mencionar la extraordinaria producción de leyes progresistas sin ningún asidero en la realidad. La materialidad de la estructura de desigualdad y jerarquización étnico cultural heredada desde la colonia se impone hasta a la más acabada de las leyes de inspiración republicana:

*El pueblo, la masa, se puso a contemplar lo que había ganado en la sangrienta lucha de la Independencia (...). Se encontró pobre, mutilado, explotado en su sangre para la guerra y en su sudor para la paz; y en medio de las más bellas leyes, los hombres por cuya libertad se había sacrificado, todavía lo llamaron **la plebe, la canalla**; y le dieron un puntapié cuando quiso ser algo, apenas algo más, que lo que había sido bajo los esbirros de la tiranía ultramarina. (Ibíd.)*

Vista la distancia entre el ideal de república y su realización efectiva en la Nueva Granada, la pregunta a resolver tiene que ver con el concepto de república en la obra de Madiedo, ¿a qué remite exactamente? Por su asociación con las nociones de pueblo, masa y nación, encontramos en primer lugar, una relación entre república y defensa de intereses universales, en contraste con los partidos o pandillas políticas que defienden intereses mayoritarios. Refiriéndose al Gobierno, Madiedo afirma en la *Ciencia social*, que éste debe ser “la voluntad pública expresando los intereses populares” (Madiedo, 1863: 351) y no un círculo de intereses mayoritarios. La República convoca así a un régimen de garantías para todos:

Los gobiernos que viviendo de todos los ciudadanos, solo atienden a los intereses de la mayoría que ha elegido su personal (...) cometen un acto de traición para con el pueblo entero; desconociendo su carácter de guardianes del derecho (...). La misión del gobierno es custodiar el derecho del hombre. El derecho humano es un atributo inherente a todos los hombres, los que constituyen mayoría, como los que componen el menor número. (op. cit.: 268)

Sumado a este carácter universal y contramayoritario, la República requiere para su existencia de la realización práctica del principio de la igualdad en el ejercicio de la autoridad así como la garantía pública de derechos y libertades fundamentales como la justicia, la instrucción gratuita, la libertad política, la libertad de imprenta y la libertad de conciencia.

Un debate abierto: la nación colombiana

El Estado-nación constituye el cuadro de referencia privilegiado para la identidad de los individuos en la modernidad, marcando profundamente sus hábitos sociales a través de la educación y la promoción de un espíritu de pertenencia a la comunidad nacional nutrido de rasgos que se instituyen hegemónicamente, tales como la lengua, la historia compartida a través de las leyendas, los mitos, la música y otros bienes culturales. Dentro de estos, la lengua y literatura resultan fundamentales en la producción de representaciones colectivas (Jurt, 2006), de ahí la necesidad de fijar la vista en los intelectuales, literatos, publicistas y pensadores del mundo social ya sea como

anunciadores de un futuro radiante, nostálgicos de un pasado lejano, o profetas del presente. El mundo intelectual en los albores de la nación, se nos presenta no como un espacio desencarnado, desplegado exclusivamente en el cielo de las ideas, sino como un universo social formado de agentes, individuos e instituciones que producen significaciones dignas de un análisis.

La delimitación nacional de los campos de producción cultural ha sido cuestionada por muchos investigadores. Al decir de Gisèle Sapiro,

La internacionalización de la vida intelectual se inscribe históricamente en una competencia entre los Estados nacionales, en la cual la cultura y la ciencia son instrumentos de radiación y de hegemonía (...) las nacionalidades no son más que un aspecto de los conflictos y las luchas de concurrencia del espacio intelectual transnacional. (Sapiro, 2009: 14-15; traducción nuestra)

Entre lo local y lo cosmopolita, es decir, entre particularismos y universalismo, se encuentran los claroscuros de esta tensión: regionalismo, nacionalismo, internacionalismo, transnacionalismo, a los cuales hay que sumar otros vectores identitarios como la religión o la pertenencia étnica.

Además de la tensión enunciada, una cuestión recurrente en los estudios contemporáneos sobre la nación colombiana, es la referida a la presencia y contenidos de un discurso nacionalista en la primera mitad del siglo XX, siendo posible rastrear hipótesis a favor y en contra de su existencia. “Caracterizada como una nación sin mito fundacional, no pocos historiadores se han preguntado si esa ausencia no habría marcado a Colombia con algún tipo de frustración originaria” (Rojas, 2001: 10) Esta estudiosa se anima a sostener dos cuestiones, a nuestro parecer, relevantes: por un lado, que más que de mito fundacional, de lo que dista Colombia es de la ausencia de un *relato nacional*. Por el otro, sostiene que las peculiaridades del proceso colombiano de nacionalización del país se las debe remitir a la violencia de la representación ejercida, es decir, a los modos de legitimación de las formas de exclusión de negros, indios, mujeres, criollos. “Es en la representación de sí misma como nación donde se halla la `violencia propia de la exclusión’” (*op. cit.*: 11).

El historiador alemán Hans-Joachim König (1994) estudia el nacionalismo en la Nueva Granada desde los finales de la colonia hasta la mitad del siglo XIX, abarcando fenómenos como la independencia de la corona española, los intentos de conformación del nuevo estado soberano y los primeros avances en la modernización económica y social. El trabajo que lleva por título *En el camino hacia la nación* analiza las causas, los motivos y las formas, así como las funciones políticas y sociales jugadas por el incipiente nacionalismo neogranadino en relación con los cambios y dilemas fundamentales sufridos por la nueva sociedad en construcción. Se trata de un estudio que avanza en una explicación alternativa acerca del papel del nacionalismo en el proceso de formación de la Nueva Granada. En síntesis, la investigación logra mostrar que “en el periodo comprendido entre 1750 y 1856 existió en la Nueva Granada una relación entre el nacionalismo y un amplio proceso de desarrollo político y social” (König, 1994: 507). En esta coyuntura, “el nacionalismo surgió como una respuesta a cambios estructurales en el ámbito político del Estado y la economía influidos tanto por factores internos como por factores externos, o como una reacción a un cambio social insuficiente” (*op. cit.*: 508). Además, el nacionalismo se convirtió en un factor de gran influencia en el proceso de modernización y desarrollo y en la constitución de la nación. Como punto fundamental, König aclara que “la fundación del Estado y la formación de la nación no coinciden”, sino que, antes bien, representan diferentes fases de un proceso a largo plazo” (*op. cit.*).

Según este autor -uno de los especialistas en historia colombiana mayormente citado- la conservación de la denominación “Nueva Granada” tiene un doble motivo: guardar el recuerdo y la relación con el odiado imperio colonial al tiempo que fijar los límites definitivos del Estado por el “principio jurídico del *‘uti possidetis iuris’*, esto es, a las antiguas fronteras administrativas de la colonia, como aparecían en 1810” (*op. cit.*: 419). Pero alrededor de treinta años después de la Independencia, de lo que se trataba era de habilitar una política interior que lograra propagar el proceso de

constitución de una nación de ciudadanos, a través de una práctica de política nacional que satisficiera las expectativas para aquella futura entidad social.

¿Quiénes eran los exponentes de este 'proyecto nacional' que prometía tanto un amplio cambio social como llevar a buen término el proceso de formación de la nación que se había iniciado cuarenta años atrás? (...) ¿Cuáles eran los contenidos y las medidas del 'proyecto nacional'? ¿Su realización significaba verdaderamente un paso hacia la nación o sólo se ocultaban tras la meta del 'desarrollo nacional' intereses de grupos específicos que contenían el germen de nuevas tensiones sociales? (op. cit.: 421)

El trabajo de König contribuye a una interpretación contemporánea del fenómeno nacional, al definir el nacionalismo “como un instrumento para la solidaridad, la activación y la movilización políticas de la población en una nación, que coloca los intereses de esta por encima de otros intereses, sin adoptar por anticipado una evaluación positiva o negativa” (op. cit.: 508). König examina las ideas de nación sostenidas por los sujetos involucrados en dicho momento histórico, tales como dirigentes políticos y élites regionales, identificando los criterios que esbozaban al momento de articular su discurso de unidad nacional, tomándolos como escala de la significación y el efecto del nacionalismo. De esta forma, la pregunta acerca de la real existencia de una nación en el sentido de una unidad social y económica perceptible, o un consenso de toda la sociedad, pasa a un segundo plano.

Es de notar que en los estudios y ensayos académicos, se cuestione la existencia de una nación moderna colombiana o se la observe como un proyecto inacabado. Los títulos de tres obras de la historiografía reciente así lo demuestran: *El fracaso de nación* de Alfonso Múnera (1998), *Colombia una nación a pesar de sí misma* de David Bushnell (1999) y *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, escrita por Frank Safford y Marco Palacio (2002).

La hipótesis central de Múnera señala que la construcción de la nación fracasó porque la Nueva Granada como unidad política no existió nunca y, en sentido contrario, al estallar la independencia, no hubo una élite criolla con un proyecto nacional, sino varias élites regionales con proyectos diferentes, en los cuales las clases subordinadas tuvieron una participación decisiva, con sus propios proyectos e intereses, desde los orígenes de la revolución de independencia. Advierte Múnera, a diferencia de lo que ha señalado la historia tradicional, el proyecto político propuesto por las élites criollas no tenía nada que ver con el propósito de formar una nación y de separarse de la metrópoli. En el caso de Cartagena, que toma como estudio a los comerciantes y hacendados de este puerto, deseaban gozar de una autonomía frente a Santafé de Bogotá que les permitiera redefinir sus destinos como parte integral del Caribe, y si era preciso negociarían con la misma corona su autonomía. De esta manera, cuando el poder quedó concentrado en las elites andinas, éstas lograron imponer su gobierno con el propósito de conformar una nación independiente que trató de incorporar a las demás provincias bajo una transitoria unidad que, como lo propone Múnera no fue más que un intento político que engendró una nación independiente de carácter “imaginado”, donde eran más que evidentes los constantes conflictos entre las provincias, las cuales estuvieron enfrentadas por cuestiones económicas y políticas (por la conformación en Cartagena del consulado de comercio y por el establecimiento en Santa Fe de Bogotá de una junta suprema).

Basado en la conceptualización propuesta por Benedict Anderson (sobre el concepto de una “nación imaginada”), Múnera señala cómo desde la historiografía tradicional colombiana se ha construido una representación de nación imaginada fundada de manera unívoca en la identidad regional andina, y desconociendo otras autonomías y particularidades regionales, por considerarlas distantes tanto física como culturalmente. De esta suerte, regiones como el Caribe, desde la perspectiva historiográfica tradicional se han constituido como zonas de frontera, donde aparentemente se ha ausentado el orden social y donde además, se manifiesta que la construcción de nación homogénea que tanto se ha promulgado, no fue tan uniforme como lo han hecho creer. El trabajo de Múnera contribuye así a desafiar una historiografía basada en el mito, que se ha

reproducido por inercia y que hoy no puede ocultar el derrumbamiento del proyecto nacional en este final de siglo, e invita a un reencuentro no forzado entre lo local, lo regional y lo nacional como forma de reinventar la nación colombiana.

Por su parte, Frank Safford y Marco Palacio (2002) ofrecen una historia de Colombia desde los tiempos anteriores al descubrimiento y conquista, al presente. El hilo conductor de la narrativa es la fragmentación espacial del país y las divisiones profundas de la sociedad colombiana ya sea culturales, étnicas, de clase o de localidad, región políticas e ideológicas. El estudio, como su mismo título lo indica, analiza cómo la fragmentación económica y geográfica de Colombia condujo a la formación de una sociedad dividida hasta nuestros días. Estas son algunas de las claves para afirmar la ausencia de un proyecto nacional uniforme en el siglo XXI.

Del lado contrario, se encuentran quienes defienden la presencia de un proyecto nacional homogenizador que buscó construir una *nación de individuos blancos*. Para Conde Calderón,

La homogeneización racial de los colombianos o neogranadinos, fue convertida en un elemento de manipulación ideológica cuya utilidad política, desde el poder, fue empleada contra quienes objetaban el discurso del nuevo orden republicano o no compartían el estándar occidental de identidad nacional. (Conde Calderón, 2009: 116).

En conclusión, se evidencia que tanto en los escritos del siglo XIX como en los estudios contemporáneos, el debate en torno a qué hacer con lo importado de Europa, cómo incorporar los bienes simbólicos venidos del Viejo Mundo, qué es lo “originario” y autóctono, y hasta dónde hubo una conversión, imitación, una simbiosis o una aplicación sin mediaciones de lo importado, fue y es problemático. Hay una especie de percepción que la combinación entre equipararse con los europeos - por parte de los criollos- y la exclusión de pobladores que no cumplían con su status o género, produjo una fatalidad de nacimiento.

Para las élites del siglo XIX el surgimiento de significados a escala global centrados en el acoplamiento de civilización y raza era problemático. El “dilema vergonzoso” no se solucionaba rechazando de plano la visión europea, sino con la creación de un sentimiento igualitario y distanciador de los europeos, que se reflejaba en la doble misión de “contrarrestar el espíritu salvaje” y, a la vez, luchar contra “el imperialismo occidental” (...) El papel fundamental no lo jugaba la raza sino el conocimiento de la civilización europea, al cual tenían derecho los criollos debido a su origen (Rojas, 2001: 60)

Sin embargo, las lecturas contemporáneas nos arrojaron una coincidencia: una vez en contacto con las realidades locales, los bienes simbólicos, las ideas, las propuestas, las experiencias exteriores fueron transformados y adaptados a proyectos nacionales de dominación por parte de las élites locales. La exclusión existió y existe aún, en el “Viejo” como en el “Nuevo” continente. Entonces, ¿cuál es la particularidad de la construcción del Estado-nación colombiano? La respuesta a esta difícil pregunta la puede dar la revisión crítica de la historia/las historias, sus vaivenes, sus resoluciones, las relaciones que sucedan o no por parte de los países latinoamericanos, y el actual estado de cosas de Colombia.

Bibliografía citada

- Aguilar, G., (2009), *Episódios cosmopolitas em la cultura argentina*, Santiago Arcos editor/parabellum, Buenos Aires.
- Bushnell, David, (1999), *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Planeta Editores, Bogotá.
- Colmenares, G., (2004): *Gólgotas y Draconianos*, Biblioteca Virtual del Banco de la República, Edición original: 2004-02-19, Edición en la biblioteca virtual: 2004-02-19, <http://www.banrepultural.org>.
- Conde Calderon, J., (2009), *Buscando la nación. Ciudadanía, clase y tensión racial en el Caribe colombiano, 1821-1855*, La Carreta Histórica/Universidad del Atlántico, Medellín.
- Jurt, J., (2009), “Le champ littéraire entre le national et le transnational”, en Sapiro, Gisèle (dir), *L'espace intellectuel en Europe*, La Découverte, Paris.
- König, H.-J., (1994), *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada, 1750- 1856*. Santafé de Bogotá, Banco de la República.
- Madiedo, M. M. [1859], (1985)a, “La Escuela Conservadora”, en *Ideas fundamentales de los partidos políticos en la Nueva Granada*, Editorial Incunables, Bogotá.
- Madiedo, M. M. [1859], (1985)b, “Antecedentes”, en *Ideas fundamentales de los partidos políticos en la Nueva Granada*, Editorial Incunables, Bogotá.
- Madiedo, M. M. (1863), *La Ciencia Social o el socialismo filosófico, derivación de las grandes armonías morales del cristianismo*, Imprenta de Nicolás Pontón, Bogotá.
- Martínez, Frédéric, (2001), *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá.
- Massuh, V., (1976), *La libertad y la violencia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Molano, M., (2004), “Nieto Gil, Juan José” (tomada de la Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores, tomo de biografías), publicada en Biblioteca Virtual del Banco de la República <http://www.lablaa.org/blaavirtual>, 15/XII/2004.
- Múnera A., (1998), *El fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el caribe colombiano: 1717-1810*, Banco de la República, El Ancora editores, Bogotá.
- Núñez, R., [1962], Cit. por Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.
- Perozzo, CARLOS, Forjadores de Colombia contemporánea, vol. 1, “Mariano Ospina Rodríguez. de. Planeta, Bogotá, 1986.
- Rabasa, J., (2009), “Poscolonialismo”, en Szurmuk, M. y R. Mckee Irwin (coord.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, Instituto Mora / Siglo veintiuno editores, México.
- Rojas, C., (2001), *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Grupo Norma, Bogotá.
- Safford, Frank, FRANK, Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1983.
- Safford, F. y M. Palacio, (2002), *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, Editorial Norma, Bogotá.
- Sapiro, G. (2009), “Introduction”, en Sapiro (dir), *L'espace intellectuel en Europe*, La Découverte, Paris.
- Santander, F. de P., [1831], (1963), *Diario del general Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos, 1829-1832*, Imprenta del Banco de la República, Bogotá.

Tirado Mejía, Álvaro, (1979), "El Estado y la política en el siglo XX", en *Manual de Historia de Colombia, Tomo II*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.

Tirado Mejía, Álvaro, (1989), "Los partidos liberal y conservador en sus orígenes", en *Nueva historia de Colombia, vol. 2*, Ed. Planeta, Bogotá.